

ojos, contempla, vertiendo lágrimas, el espectáculo de alguna virtud en el mundo o de alguna estrella en el cielo;

* *
* *

Cuando brilla bajo tus cejas, como el fuego encendido debajo de las ramas, tu hermosa mirada, empañada por acerbos dolores; cuando los infortunios pasados vienen de súbito a tu memoria, y tratando se sonreírme, rompes a llorar:

* *
* *

Cuando mi cuerpo y mi vida vibran al impulso de tu aliento como temblorosa lira; cuando tus dedos, posándose sobre los míos estremecidos, hacen cantar en mi corazón una melodía celestial;

* *
* *

Cuando yo te contemplo, ¡oh encanto de mi vida!; cuando tu noble naturaleza se presenta a mis miradas como la ardiente zarza que contenía a Dios, abriendo todas sus flores y lanzando todos sus esplendores,

* *
* *

La esencia que todo eso encierra, lo que tu beldad exhala noche y día como perfume compuesto del aroma de cien rosas, es superior a la tierra y al cielo; ese perfume es el amor.

7 de octubre de 1834.

XXIX

Toda vez que amargan nuestros días perturbaciones y calamidades sin cuento; ya que todo lo que tú pretendes ligar se desata por todas partes; ya que nuestros padres y nuestras madres se fueron ya allí donde iremos todos; ya que los niños durmieron el sueño eterno antes que nosotros; ya que la tierra, hacia la que inclinas tu frente regándola con tus lágrimas, conserva nuestras raíces y algunas de nuestras flores; ya que con la voz de los que se aman confunden sus voces aquellos que en otro tiempo se amaron; ya que hasta nuestras propias ilusiones están llenas de las obscuridades de otros días; ya que al tiempo de catar el éxtasis sentimos desbordarse el dolor; ya que la vida es como una copa que no se consigue llenar ni dejar vacía; ya que a medida que avanzamos, nos hundimos más profundamente en la obscuridad; ya que la falaz esperanza agotó los cuentos que nos refería para adormecernos; ya que cuando suena la campana del reloj nada nos promete para mañana; ya que no conocemos a nadie de los que transitan por nuestro camino... levanta tu espíritu lejos de este mundo, pon tu esperanza en más altas regiones, que tu perla no se encuentra en

estos mares, que tu camino no está en la tierra. Ya que tu noche no está estrellada, ven a mecerte en las olas del mar; tu noche es oscura como la muerte y tu vida tiene olas amargas como el Océano. La sombra y el abismo tienen un misterio que nunca los mortales penetrarán; Dios les manda que enmudezcan hasta el día en que todo se aclare. Inútilmente los ojos mortales de las infinitas olas quieren buscar el fondo; inútilmente se han empeñado en sondear la profundidad del cielo. Pide a ese mundo nocturno que le conceda la paz a tu corazón solitario; pide una gota a esa urna, pide un canto a ese concierto. Levántate a esferas superiores a aquellas en que se ciernen otras mujeres, y deja vagar tus hermosos ojos entre el cielo donde están las almas y la tierra donde se encuentran las tumbas.

Octubre de 1834.

XXXI

Ya que el florido mayo nos invita a recorrer los prados llenos de flores, ven; no te canses de admirar la campiña, los bosques, los sitios umbríos, los rayos de la luna en las orillas de los dormidos lagos, el sendero que llega a su término y el camino que comienza para llegar a él, la brisa y la primavera y el horizonte azul. Ven, y que las miradas de las pudorosas estrellas, que veladas llegan hasta nuestro mundo; que el árbol bien oliente, que el soplo abrasador del mediodía que corre sobre los campos, y la sombra y el sol, y las olas y la verdura y la claridad de toda la naturaleza hagan que se abra en ti una doble flor, la belleza en tu rostro y el amor en tu corazón.

21 de mayo de 1835.

XXX

ESPERANZA EN DIOS

Espera, niño, espera en el mañana, ten esperanza siempre: tengamos fe en el porvenir. Cada vez que en el cielo brille la aurora, recibamos, que Dios la bendecirá. Nuestras culpas, pobre ángel mío, causaron nuestros sufrimientos. Tal vez si rezamos mucho tiempo arrodillados, cuando Dios bendi-

XXXII

A LUIS B.

El viajero a quien conocisteis, amigo mío, y que os reveló los pesares que atormentaban su co-

razón, cuando la noche extendía su manto, subió solo y triste al campanario aislado y lúgubre, donde el hombre se oculta para esconder sus pensamientos y donde los pájaros construyen sus nidos.

* * *

Subió por la espiral de escalones gastados, sostenidos por paredes rajadas por el sople violento y helado del cierzo, sin mirar hacia abajo de la escalera; después penetró bajo la bóveda de arcos apuntalados, en la que la campana, esperando el momento de lanzar el toque de Oraciones, dormía, como un pájaro de bronce, en su jaula de encina.

* * *

¡Vasta y poderosa campana de badajo monstruoso! Un cable muy fuerte tenía atado en el cuello, y el ojo que se aventuraba a mirar bajo su cúpula metálica veía estrecharse en su concavidad anchos círculos de sombra. Los reflejos de la luz se hundían por los bordes de la campana y el fondo de ella estaba obscuro. De momento en momento bajo esa bóveda, en la que quedaba el ambiente en vibración, se oía menearse algo sonoro, se percibían rumores deslizarse por las paredes, como si en aquella obscuridad, hablando con voces confusas, donde dormían las legiones aladas, las no-

tas cuchicheasen semi-despiertas Ruidos dudosos que llegaban a los oídos y percibía el alma, por donde el hombre se oculta para esconder sus pensamientos y donde los pájaros construyen sus nidos. que hasta cuando están adormecidos, sin movimiento y sin claridad, el volcán humea y la campana suspira. ¡La campana! ¡eco del cielo que resuena en la tierra, voz rugiente que habla con el lenguaje del trueno, que sirve lo mismo para la ciudad que para el mar, vaso lleno de rumor que se vacía en los aires!

* * *

En esa campana, en su severa superficie, todos aquellos que la habían visitado dejaron huellas de su paso. En todas partes de ella, impuras frases grabadas en el cobre destruían la inscripción de su bautismo natal. Podía distinguirse aún en su parte más alta una corona cincelada, que había sido desfigurada a martillazos. Habían abierto muchos surcos en el metal, en los que nada había germinado; unos sembraron aquí su vida inmunda, otros escribieron sus deseos perdidos, algunos su amor, todos la impiedad, profanando de este modo la campana bendecida.

* * *

Entonces, mientras que el aire soplaba con furor y en los caminos chirriaban los ejes de los carros, mientras los campos difundían su aroma, los hombres sus rumores y las chimeneas lanzaban su humo,

el viajero sintió ante aquel monumento de bronce, como el árbol inquieto siente confusamente que se posan muchas alas sobre sus hojas, posarse en su mente una bandada de pensamientos.

I

Sola en el sombrío y alto campanario, desde donde tu sople descende hasta las casas estremecidas, ¡oh campana! suspendida en el espacio, que te balanceas con frecuencia, dormitas en este momento en la obscuridad, teniendo bajo tu bóveda profunda, adormecidos tus sonos, mientras que un espíritu que hacia ti se dirige silencioso también, contempla tu mutismo; ¿es qué por ventura te das cuenta, por ese instinto vago y tierno que revela siempre una hermana a su hermana, de que en esta hora en que se duerme la tarde que muere, se encuentra mi alma cerca de ti, tan vibrante como tu misma, que muchas veces despide sonidos solemnes y que se queja al amor como tú elevas tus quejas al cielo?

II

¡Ay! En los primeros años de mi juventud, cuando tenía aún la conciencia tranquila y alegre, sobre su virgen metal, como tú, campana, mi alma también tenía escrito su augusto origen, y además una inscripción santa, la

corona que dejó impresa en ella mi madre; pero también otros transeuntes, que se dirigen al corazón por el camino de los sentidos, que cuando el acaso los trae hasta nosotros suben nuestra escalera y abren nuestra puerta, que vienen frecuentemente a encontrar al hombre en su lugar sagrado y que tañen en él; no por Dios, sino por las pasiones, turba que un día vino a visitar mi alma, y subiendo hasta ella, trocando el cuchillo en buril, sin respetar las palabras sagradas que tenía esculpadas, grabando allí la injuria, el error y la blasfemia, la rayaron en todos sentidos, como han rayado tu bronce, campana, y el nombre sagrado del Señor quedó en ella desfigurado e ilegible.

¿Pero eso qué le importa a la campana ni qué le importa a mi alma? Cuando el Espíritu Santo la reclame en su día y en su hora, cuando las toque tañendo sobre una y otra y les diga: «Cantad», de pronto por todas partes, de su conmovido seno, que ahora está obscuro, a través de su superficie, á través de sus profanaciones, su majestuoso sonido vibrará esparciéndose en los aires. ¡Será el hosanna de todas las criaturas; será, Señor, tu pensamiento, será, oh naturaleza, tu expresión! Lo que saldrá de ambas con sollozos y con sonidos,

como el agua del ventisquero, como el viento de los mares, como la luz de la aurora, será la inmensa armonía que todo lo dice, que todo lo expresa; los suspiros del corazón, los arrebatos de la multitud, el grito de lo que asciende y el clamor de lo que desploma, la conmoción de los hombres ante las pasiones, el adiós que al disiparse canta la ilusión. La esperanza extinguida, la barca estrellada contra la playa, la mujer acongojada y la doncella que sueña, la virtud que se compone de lo mejor y de lo más punzante de la desgracia, el altar envuelto en nubes de incienso, las madres reteniendo a los hijos junto a sí, la noche que impone silencio diariamente al universo, concediendo sólo la palabra al mar; las puestas del sol ardientes, las auroras estrelladas, las horas de sol y de luna, los montes y las olas proclamando a un mismo tiempo el nombre augusto que impulsa todas las voces, el himno inexplicable que con el ruido de las alas vuela desde el nido del águila hasta el de las golondrinas, y ese círculo, en torno del cual el hombre da pronto la vuelta, ese círculo que forman la inocencia, la fe, la plegaria y el amor.

IV

Entonces es cuando, conmovidos y turbados por esos inexplicables sonidos, el pueblo en la

ciudad, el hombre en los campos y el sabio tratando vanamente de comprender esas voces, se inclinan en silencio; entonces es cuando el niño alegre corre al lado de su madre y le señala el cielo; entonces es cuando todos sienten el influjo de un bálsamo que se derrama sobre sus dolores ocultos; entonces es cuando la multitud, lo mismo que el que sufre en la soledad, se embriagan bebiendo en el mismo vaso; entonces es cuando la doncella, sentada junto a la fuente, da tregua a sus fantasías para escuchar esos rumores lejanos; entonces es cuando los buenos, los débiles, los perversos y los creyentes, todos, prosternados ante el campanario, oyen embelesados y al mismo tiempo con terror, como el ruido sordo del mar alborotado, el clamor de la gran alma de bronce que en las alturas se lamenta.

V

Himno de la naturaleza y de la humanidad, himno sin cesar repetido por todos los ecos, himno que desde las alturas desciende hasta el abismo, y que desde las profundidades del armonioso precipicio se remonta hasta el cielo. Cántico que se oye en los montes y en las llanuras, y que se desliza sobre las aguas en el río y hace estremecer al bosque. Himno que la mañana evapora en las aguas y que la noche adormece en el

nido de los pájaros; palabra que dice la campana a las otras campanas que suenan, y que el alma revela a las almas consoladas; salmo inmenso y sin fin, que son incapaces de traducir las lenguas de los hombres, y que expresan por completo estas dos frases supremas: ¡rezo y amor!

* *

VI

Y este salmo brillante, este himno superior, que tintinea en los aires menos que en los corazones, para salir más abundante de sus abismos sonoros, abre todos los poros del alma y de la campana. Las dos le cantaron a un tiempo con inefable voz, con voz tan pura como el susurro del manantial, tan casta como el suspiro de un amor secreto, tan virginal como el canto que entona cada día la aurora. Cuando ese himno se canta, todo habla en los dos instrumentos, de amor, de armonía y de éxtasis; entonces no sólo no queda en su superficie lo que resta del verbo santo, que cada día se borra, sino que tampoco nada de lo que grabó en el profanado bronce el visitador imbecil, la ironía y la afrenta, las blasfemias, la destruída corona; todo adquiere vida al impulso de sus vibraciones, y todo, metamorfoseándose en su veloz balanceo, confundirá, sin perturbar el conjunto seráfico, el canto lastimero y tierno con su voz magnífica. La blasfemia inscrita sobre el

Este es el triunfo magnífico de vuestra ley sublime, Señor. Es un espectáculo augusto e inefable, para los hombres y para los ángeles, que lo que profana el impío al pasar, apenas lo toca vuestro espíritu, se borra, y que sin pensar en su indigno ultraje cante con el amor en el corazón y con la blasfemia en la frente.

* *

¡Ved aquí por que pendiente, dividiéndose en arroyos, se deslizaba ola a ola la corriente de los pensamientos del viajero, aumentada a cada instante con los sollozos de su corazón. La noche, que aquel que está triste ama como a una hermana, cuando él descendió de la torre, había cubierto el horizonte; partió, y la corriente incierta de la vida arrastró hacia sucesos amontonados en otra parte a ese hombre melancólico, cuya alma, víctima de su mala suerte, sumisa y rebelde a la vez a los pensamientos que le acababan de atormentar,